

## CAPITULO LXXXIX.

### Despedida.

Rosa continuaba en cama; el peligro habia pasado, pero seguia mal, con algo de fiebre y un abatimiento tan estrechado, que apenas ni á fuerza de ruegos podian conseguir que tomase los medicamentos que preparaba el facultativo.

—Son inútiles!... decia siempre rechazándolos; mi enfermedad está en el alma.

Jimena y la marquesa emplearon todos los recursos que estaban á su alcance, para salvarla, y si bien lo consiguieron físicamente, la parte moral quedaba muy resentida y era difícil la curacion.

Solo Octavio hubiera podido realizar aquel milagro con el bálsamo de su cariño, y no quiso hacerlo.

Es verdad que la ocasion no era oportuna; cuando el orgulloso jorobado caia de su soberbia altura, cuando se veia humillado, herido en su nombre, en su honor, en su amor propio, en todos los sentimientos de su alma, cómo sentir afectos dulces, él ¡que era una fiera!...

Encerrado en un silencio salvaje, sin ver á nadie, sin decir siquiera adios á la marquesa, se marchó á sus posesiones de Huesca, seguido de un solo criado, y no se volvió á tener noticias suyas.

En la imposibilidad de atraerle, y conociendo la marquesa que no podian recurrir á aqual medio, procuró dulcificar la suerte de Rosa, empleando los recursos que le sugeria su buen corazon y su afecto hácia aquella infeliz mujer.

Pero todo era inútil. Agradecia mucho al parecer las atenciones que la dispensaban, y se encerró en una sombría reserva, que no dejaba penetrar sus sentimientos.

Indudablemente sufría y tenia desgarrado el corazon; pero no lo demostraba, volviendo su carácter á la salvaje rudeza que habia sido su cualidad distintiva durante muchos años.

Dejando Tula á sus hijos entregados á la expansion dulcísima de sus corazones, se trasladó á la habitacion que Rosa ocupaba en la misma casa.

Jimena trataba de hacerla tomar un medicamento que dejó el médico recetado, y Rosa se resistia con su tenacidad habitual.

—Déjame de brevajes, hija mia; no quiero mas que agua fresca y aire libre; porque me estoy ahogando entre estas cuatro paredes revestidas de seda, que no dejan ni aun el paso á la luz.

—Para eso tiene usted que procurar ponerse buena, y despues se viene usted conmigo á Italia; viajaremos juntas y verá cómo distrae sus penas en esos paises tan bellos.

—Ah! nó, nó: mi mision está en España, y no pienso

salir de aquí; pero necesito vivir en los bosques; el aire y la libertad completarán mi curacion. Tú cuándo te marchas?...

—Al momento que me dé su permiso la señora marquesa.

—Tienes ya tu viaje preparado?

—Todo está corriente. Me acompaña una señora que ha vivido muchos años con Anita y conmigo; es viuda de un médico, no tiene recursos y acepta con júbilo el papel de madre adoptiva que ha de desempeñar á mi lado.

Estaban en esta conversacion, cuando entró la marquesa muy alegre, sonriendo y tendiendo las manos á las dos mujeres con efusion de vivo cariño.

—Amigas mias, qué feliz soy! un buen ángel nos proteje y vá cambiando una por una en felicidades, nuestras pasadas desgracias.

Jimena y Rosa la miraban asombradas.

—Pero qué egoista soy; no pienso mas que en mí, perdonadme; y ¿cómo vá mi querida Rosa, se encuentra usted mejor?...

—Sí, señora marquesa; bastante bien; pero díganos la causa de su alegría para que participemos de ella.

—Ha parecido Isabel; ya la tenemos en casa...

—Gracias á Dios!... exclamó Rosa interrumpiendo á la marquesa; esa era una de las pesadillas de mi alma, y soy completamente dichosa con este acontecimiento, que quita un peso tan grande á mi alma.

El rostro de Jimena lejos de alegrarse se anubló, apareciendo en su antes serena frente una sombra de pesar, que procuró ocultar, colocándose detrás de la marquesa.



—Tambien ha venido Aurelio, y están los dos tórtolos locos de alegría.

Esta vez el golpe fué mas terrible, y la pobre Jimena palideció densamente, teniendo que apoyarse en la cama para no caer al suelo desvanecida.

Rosa que sabia lo que pasaba en el alma de la jóven la miró de una manera particular.

La marquesa siguiendo la direccion de aquella mirada intensa y profunda, se volvió aperciéndose por primera vez del temblor convulsivo y la estremada palidez de Jimena.

—Estás enferma, hija mia?... la preguntó apresurándose á poner una silla para que se sentara.

—Sí; se apresuró á contestar Rosa; cuando usted entró se estaba lamentando de su mala salud y diciéndome que tenia ya dispuesto su viaje para Italia, donde espera ponerse buena por completo.

—Es que me hace daño esta vida; yo necesito la agitacion, el ruido y el trabajo, y si usted me lo permite, mi querida protectora, mañana mismo emprenderé mi viaje, que he detenido unos dias por no abandonar á Rosa en el estado en que se halla; pero ya está bien y no la son necesarios mis cuidados, contestó Jimena, procurando restablecer las fuerzas que habia perdido instantáneamente por las dos noticias que alegraban á la marquesa y fueron mortales para ella.

—Pero tan pronto quieres dejarnos!... exclamó la marquesa; espera un par de meses!...

—Ah! nó, nó; imposible!... exclamó Jimena con viveza dirigiendo á Rosa una mirada de angustia.



—Concédala usted su permiso, señora marquesa; si la detenemos se nos pondrá enferma.

—Mi permiso le tiene; es completamente libre; que parta cuando guste; pero cuando vamos á ser tan felices me seria grato verme rodeada de las personas que aprecio y que tanto han contribuido á mi dicha.

—Jimena debe partir lo antes posible, mas bien hoy que mañana; yo la conozco y tengo mis razones para decirlo.

—No me opongo; por mi parte, todo lo tiene dispuesto, letras, que puede cobrar en Paris, en Florencia y en Milan, cartas de recomendacion para los principales maestros de Italia y todo lo necesario para su carrera que voy á entregarla ahora mismo.

La marquesa salió.

—Ah! yo no quiero verlos!... yo no quiero verlos!... su felicidad me mataria!... exclamó Jimena cayendo anegada en llanto en los brazos de Rosa.

—Vete, vete, enseguida, ó tendrás que comer con ellos á la mesa; la dijo Rosa esforzándose por consolarla.

La marquesa volvió con un voluminoso paquete que puso en manos de Jimena.

—Dios mio!... lloras!... exclamó Tula.

—Llora porque le da pena separarse de usted, pero no tiene otro remedio; dijo Rosa; si ha de partir mañana tiene que prevenir á la señora que ha de acompañarla sirviéndola de madre.

—Es verdad; pero siquiera nos acompañará á la mesa?...

—No podria tomar nada; dispenseme usted señora marquesa; pero la emocion me ahoga; siento que las fuerzas

me faltan y esta despedida es sumamente dolorosa para mí; dijo Jimena prorrumpiendo en nuevos sollozos.

—Ya lo veo; es preciso dispensarla de todo; quieres partir ahora mismo?...

—Sí señora, sí; que parta; que no se despidiera de nadie; evitémosla emociones peligrosas; dijo Rosa.

La marquesa agitó un timbre, y á poco se presentó Anita.

—Que enganchen la berlina, y tú disponte á acompañar á Jimena que se marcha ahora mismo; repuso la marquesa.

Anita desapareció, y media hora despues, volvió vestida diciendo que el carruaje esperaba.

—No hay ningun dia completamente alegre en la vida; murmuró la marquesa; hoy he sido muy dichosa y era preciso que algun pesar turbase mi dicha.

—Esto debia suceder; mi viaje estaba resuelto, y crea usted señora marquesa, que tengo una profunda pena en afligirla; dijo Jimena.

—En fin, es para tu bien y yo me alegro; adios, desde cualquier punto de Europa que te encuentres si necesitas de mí, escribeme, llevas infinitas recomendaciones y creo que encontrarás amigos en todas partes.

—Ah! señora! con qué pagaré tanta bondad!...

—Con hacerte una gran cantante, y que yo sepa que eres feliz; eso me basta; exclamó la marquesa abrazándola.

La despedida fué tierna y dolorosa.

Poco despues montaron las dos amigas en la berlina que las condujo á su antiguo cuartito de la calle de la Montera.

## CAPITULO LC.

### **Siguen las despedidas.**

Desolada entró la pobre Jimena en su alegre cuartito de la calle de la Montera donde habia pasado su niñez y su primera juventud.

Allí habia visto deslizarse momentos muy amargos en algunas ocasiones, cuando la miseria se cernia sobre su frente, mas tarde cuando pudo hallar recursos en su honrado trabajo, halló inefables dichas en aquel purísimo manantial del bien, y fué feliz tendiendo su protectora mano á un jóven que sin amparo se presentaba en la córte solo y desvalido.

A la sazón aquel desdichado era rico y feliz, pertenecia á una familia ilustre y á su vez pagaba la deuda de gratitud, protegiéndola para que pudiese dejar su apacible y modesta condicion de cigarrera para entrar en la elevada gerarquía de los artistas.

Aquel aposento era sagrado para ella.



—Anita mia; dijo á su amiga; deseo que me conserves este cuartito; voy á dejar la España Dios sabe por cuantos años; pero quizá algun dia venga á descansar de mis fatigas y de mis estudios en este santuario de nuestros recuerdos.

Anita se lo prometió, y poco despues se despidieron tiernamente como amigas ó casi hermanas que habian sido desde su niñez.

Jimena no queria partir sin despedirse de su padre y le mandó llamar.

En tanto se ocupó con la señora que habia de acompañarla en los preparativos de su viaje y cuando todo lo tenia ya dispuesto, fué por última vez á sentarse delante del balconcillo, escuchando el canto de los canarios, que apesar de la hora intempestiva la saludaban con sus himnos, exhalados en plañidera queja como si la reconviniesen por su larga ausencia.

La viuda del médico conservaba con el mayor esmero tanto los pájaros como las primorosas macetas que Anita y Jimena dejaron á su cuidado, teniendo la jóven el placer de encontrarlo todo como lo dejó, hasta los muebles y adornos en el mismo sitio.

Blancas cortinas de muselina decoraban el balcon y la puerta de la alcoba las que oscilaban al impulso leve del viento.

Era como saben nuestros lectores el mes de julio y á la altura de un quinto piso en que este cuartito estaba, se sentia un fresco agradable impregnado del aroma de las flores.

Serian las ocho de la noche cuando llegó el Curro; sorprendido por el aviso y deseando vivamente ver á su hija

siguió sin dilacion al mensajero y apesar de su edad y gruesura subió como un muchacho los noventa escalones, que elevaban sobre la calle el poético cuartito de su hija.

Jimena estaba completamente transformada; no era la misma.

Llevaba un traje blanco con motitas azules de una tela vaporosa y ligera, ceñido á la cintura por una ancha cinta de raso azul, el cabello partido por la mitad de la cabeza caía en bucles por ambos lados del cuello.

Mas bien parecia ya una artista que una cigarrera.

Ella naturalmente era esbelta, elegante, tenia maneras distinguidas y en su roce con las personas de alta clase se habia hecho toda una señora.

El Curro al verla se detuvo sorprendido, Jimena aquella noche estaba muy pálida, tenia fiebre y sus ojos negros y brillantes arrojaban un fuego intensísimo.

—Adelante, padre mio; no se detenga V. en la puerta; dijo la jóven alargándole cariñosamente la mano.

—Dudaba si eras tú; exclamó el Torero acercándose y mirándola con profunda atencion.

—Tan desconocida estoy?...

—Mucho; y en esto veo un cambio marcadísimo de posicion. Yo que venia decidido á reñirte por tu prolongada ausencia, por tu silencio y por tu ingratitud; no me atrevo á hacerlo francamente, porque veo en tí algo que me impone; algo que me dice que ya no eres la misma.

—Ciertamente he cambiado mucho; pero no ha cambiado mi cariño por usted, y si he permanecido oculta por espacio de algun tiempo, ha sido por obedecer á una persona que le es á usted muy querida.

—Muy querida!...

—Oh! sí; Rosa Torrente.

—Rosa Torrente!... has estado con ella?...

—Sin separarme un momento de su lado desde que dejé á usted y ahora le llamo porque deseo hacer un viaje á Italia y necesito su permiso, ¿me le negará usted padre mio?... va en ello mi felicidad y el bienestar de toda mi vida.

—Yo no quiero oponerme á ninguno de tus deseos; pero tendrás valor para abandonarme?...

—Es preciso padre mio; voy á seguir una carrera honrosa bajo la proteccion de la marquesa del Cinca; los mejores maestros de Madrid, me han oido cantar y dicen que tengo una voz magnífica y grandes condiciones para el teatro, voy pues, á dedicarme al canto, y cuando sea una gran artista se viene usted conmigo y abandona esa vida llena de peligros á cada paso.

—Y qué haré en tanto!... pobre de mí!... viejo y solo!... cansado ya del mundo y sus azares!...

—Consuele usted á Rosa; es muy desgraciada, y necesita si ha de vivir que se la rodee de afectos tiernos; su razon languidece y morirá sin el bálsamo del cariño.

—Si no la veo!... es tan ingrata para mí!... exclamó suspirando el Curro.

—No lo crea usted; vive en una inaccion peligrosa, no se cuida de nada, porque está herida vivamente en su alma por la infamia de su hijo; pero es necesario sacarla de ese estado de cruel enervamiento.

—Muchas veces ha dicho que ha sido el cariño de usted su único consuelo en el mundo. Ella adoptó la vida aven-



turera que usted tenía por desesperacion, luego le pesó porque esa mancha le ha robado el corazón de su hijo, y hoy el único afán de su vida es rehabilitarse á sus ojos por medio de la virtud.

Búsquela usted pues, en ese camino y la encontrará; pero no pretenda conducirla al foco de abyeccion en que vive con sus compañeros.

—No veo á ninguno, todos están en presidio por muchos años, y te aseguro que tampoco á mí me es grato este modo de vivir; pero no tengo recursos; soy viejo.

—Yo recibo de la marquesa una pension espléndida y mandaré á usted para sostenerse dignamente.

—Gracias hija mia!... yo me alegro mucho de tu suerte y deseo verte pronto una gran artista. Siempre lo fuiste.

—Es verdad, mi vocacion era irresistible; desde que tenía doce años empecé á tomar parte en sociedades dramáticas de aficionados y me acuerdo que siempre me daban los primeros papeles; sobre todo en el género trágico me aplaudían muchísimo.

El Curro permaneció algun tiempo con su hija, la ofreció volver al siguiente día á despedirla y se marchó muy cerca de las diez de la noche.

En la escalera tropezó con un jóven que subia y reconociéndole instantáneamente exclamó:

—Don Aurelio!... es usted?... perdone que le detenga; pero tengo un placer en verle.

—Hola, amigo mio!... exclamó Aurelio tendiéndole la mano; yo tambien me alegro ¿sabe usted que pareció mi prima?...

—Ah! lo celebro muchísimo; y don Octavio?...

—Se marchó á Huesca; ya estamos libres de él; pero la pobre Rosa se nos ha quedado muy afectada.

—Si ustedes me permiten iré á verlos.

—Con mucho gusto; ya sabe usted su casa; dijo Aurelio.

Allí tenemos á Rosa, que no quiere ponerse buena.

—Iré mañana despues de despedir á Jimena; ¡cuánto tengo que agradecer á Vds...! Dispongan de mi vida y de cuanto yo pueda hacer; que deseo con ansia pagarles sus beneficios.

—Gracias!... no olvidaré su ofrecimiento, porque necesito hombres de corazon que me rodeen y como V. hay pocos.

—Cuenta V. conmigo, D. Aurelio.

—Mañana hablaremos.

—Pues hasta mañana.

—Adios; dijeron el torero y el jóven aristócrata, despidiéndose con un apretón de manos.

---

## CAPITULO LCI.

**Continúa el anterior.**

Muy agena estaba Jimena de creer que Aurelio estaba á la puerta de su casa y llamaba con timidez como si sintiera molestar.

Pensó que quizá seria su padre que se habria olvidado de alguna cosa, y apoyando el brazo en el confidente se puso la mano en los ojos.

La emocion que le causaban sus recuerdos y el dolor punzante y vivo de su alma, se iba haciendo visible en cuanto se vió sola y exhalándose en lágrimas mas abundantes por haber estado largo tiempo comprimidas.

Aurelio se presentó en el dintel y con voz argentina y clara exclamó:

—Está V. visible? querida amiga.

Jimena abismada en su dolor no le oyó.

Los sollozos comprimian su pecho y suspiros entrecortados se escapaban de sus labios entre los que iba envuelto



el nombre de Aurelio de una manera apenas perceptible.

Aurelio adelantó dos pasos.

—Querida Jimena!... exclamó en voz mas alta haciendo ruido con una silla.

La jóven alzó la cabeza y fijó en Aurelio su mirada llena de lágrimas.

—Ah! es V...? exclamó visiblemente sorprendida.

—Sí; hermana mia; vengo á despedirme de V., ¿la enoja mi presencia?...

—Nó; nó; tengo mucho gusto.

—La encuentro llorando!... afligida!...

—No pretenda V. conocer mis penas; venga; siéntese á mi lado y hablemos como dos hermanos.

Jimena le cedió asiento en el sofá y enjugando sus lágrimas quiso dar á su fisonomía una espresion risueña.

—Muchas veces las penas depositadas en un seno amigo pierden su intensidad; y no creo que halle V. en el mundo quien la profese el sincero y santo afecto con que yo la distingo.

—Es verdad; pero hay secretos que deben vivir y morir en el fondo del alma y déjeme V. con el mio y no pretenda nunca conocerle; V. á quien tanto quiero, por quien daria mi vida si preciso fuera, seria el último hombre á quien yo se le confiara.

El interrumpido llanto de la jóven volvió á correr con abundancia.

Aurelio conocia perfectamente aquel secreto; pero le convenia aparentar ignorarlo, porque amaba á Jimena como á una hermana y toda su alma era de María Isabel.

—Respeto su voluntad, y la suplico, que si algun dia la fuerza de su dolor hiciera peligrar su existencia no se olvide de mí; en cualquier parte del globo donde se halle iré á buscarla, si los consuelos de mi amistad y de mi cariño pueden serla beneficiosos, dijo Aurelio.

—Mil gracias!... sé que tengo en V. un hermano y no lo olvidaré. Padezco una enfermedad moral dificil de curar en España; pero voy á variar de vida, de clima, y hasta de costumbres, y creo que esto será lo suficiente para mi curacion.

—Me escribirá V...?

—Oh! sí; sí; y á su noble madre; las contaré mis adelantos artísticos.

—Pero yo desearé saber si adelanta en la curacion de esa enfermedad oculta.

—Tambien se lo diré; feliz el dia que en una carta fraternal y curiosa pueda decirle «estoy curada.»

—V. lo desea?...

—Lo deseo porque no hay esperanza para mi mal; pero no hablemos de esto; se lo ruego; es poca caridad tocar las llagas que están abiertas.

Jimena hacia visibles esfuerzos por permanecer tranquila, para ello pensaba en la dichosa María Isabel y sus celos la daban valor. Era una especie de defensa contra la fascinacion magnética que Aurelio ejercia sobre ella.

—Cuando se encuentre V. en Italia, y avanzando en su carrera, empiece á saborear los triunfos del arte que embriagan y conmueven las fibras todas del sentimiento, ya no pensará ni en sus amigas ni en España. Entonces su patria será el mundo.

—No creo que los recuerdos de la niñez y los que se graban en el alma en la primera juventud se borren nunca, dijo Jimena. Y sobre todo cuando la gratitud inmensa llena el corazón, no es posible dejar todos los días de consagrar un recuerdo á las personas de nuestra íntima afeccion.

—Eso parece natural; pero V. me parece que ha de ser algo ingrata.

—Y por qué esa acusacion?...

—Porque hoy mismo se ha venido V. de casa sin despedirse de nosotros.

Jimena bajó la cabeza, abrumada por la justicia de la reconvencion.

—Pero no la ofenda mi queja hija del cariño que me inspira, añadió Aurelio.

—Me sentia enferma; perdóneme V. y discúlpeme con su prima; he querido evitar una nueva emocion que acaso me hubiera puesto enferma impidiendo mi viaje.

—Conociéndolo he venido yo á decirle adios; ahora me retiro.

—Tan pronto?... exclamó Jimena en un arranque impremeditado.

—Son cerca de las once y V. necesita descansar.

A pesar de su energía y del dominio que Aurelio ejercia sobre sí mismo se sintió impresionado al contemplar el mudo y demente dolor de aquella infeliz que se portaba como una heroina.

—Yo no puedo mañana ir á despedir á V. porque estoy oculto en Madrid y salgo de noche solamente y con esposicion; pero la acompañan mis ardientes votos por su feli-



cidad. Quiera el cielo que nos volvamos á ver todos dichosos y contentos.

Jimena no pudo contestarle; la emocion mas fuerte que ella, la dominaba.

Le tendió la mano que Aurelio estrechó entre las suyas y besó respetuosamente.

—Adios, hermana mia.... adios, murmuró con una voz que mas parecia un gemido.

—Nada dijo la jóven; pero su cabeza cayó sobre su pecho y la mano que Aurelio soltó á lo largo de su falda quedando el brazo en toda su estension.

Estaba desmayada.

El jóven salió precipitadamente dirigiéndola una mirada dolorosa y húmeda por el llanto que habia inundado su corazon y subia á sus ojos.

Salió precipitadamente avisando á la viuda del médico para que entrase á prodigar sus auxilios á la jóven.

A la mañana siguiente muy temprano salió para Italia. Fué despedida únicamente por su padre que al ver el cambio efectuado en su hija, recordó que en su juventud habia sido una persona decente y deseó con afan seguirla en su revolucion aspirando á otra esfera mas decorosa y mas digna.

Pero su alma estaba llena de Rosa y solo esta mujer era capaz de convertirla en un hombre honrado, ó en hundirle en un abismo.

Dejemos á nuestros personajes y vamos á dar una vuelta por el árido campo de la política.

## CAPITULO LCII.

### Situacion política.

Los primeros dias de Julio, los pasó el pueblo de Madrid en bastante agitacion; pero inactivo; ignoraba las verdaderas tendencias de los sublevados y se estaba quieto hasta que se le mostrasen de un modo evidente para prestar su valiosa cooperacion.

Un pueblo heróico y valiente como el de Madrid, necesitaba garantías para decidirse á empuñar las armas, y hasta que vió el programa de Manzanares, no empezó á tener confianza en la revolucion.

Hé aquí este importante documento:

#### *Españoles:*

La entusiasta acogida que va encontrando en los pueblos el ejército liberal; el esfuerzo de los soldados que le componen tan heróicamente mostrado en los campos de Vicalvaro; el aplauso con que en todas partes ha sido recibida la noticia de nuestro patriótico alzamiento, aseguran desde

ahora el triunfo de la libertad y de las leyes que hemos jurado defender. Dentro de pocos dias la mayor parte de las provincias habrán sacudido el yugo de los tiranos; el ejército entero habrá venido á ponerse bajo nuestras banderas que son las leales; la Nacion disfrutará los beneficios del régimen representativo, por el cual ha derramado hasta ahora tanta sangre inútil y ha soportado tan costosos sacrificios. Dia es, pues, de decir lo que estamos dispuestos á hacer en el de la victoria. Nosotros queremos la conservacion del trono; pero sin camarilla que lo deshonre; queremos la práctica rigurosa de las leyes fundamentales, mejorándolas, sobre todo la electoral y la de imprenta; queremos la rebaja de los impuestos fundada en estricta economía; queremos que se respeten en los empleos militares y civiles la antigüedad y los merecimientos; queremos arrancar los pueblos á la centralizacion que los devora, dándoles la independenciam local necesaria, para que conserven y aumenten sus intereses propios, y como garantia de todo esto, queremos y plantearémos bajo sólidas bases la MILICIA NACIONAL. Tales son nuestros intentos que espresamos francamente, sin imponerlos por eso á la Nacion. Las juntas de gobierno que deben irse constituyendo en las provincias libres; las córtés generales que luego se reunan; la misma Nacion en fin, fijará las bases definitivas de la regeneracion liberal á que aspiramos. Nosotros tenemos consagradas á la voluntad nacional nuestras espadas y no las envainaremos hasta que ella esté cumplida.

Cuartel general de Manzanares á 6 de Julio de 1854.

—El general en gefe del ejército constitucional,

LEOPOLDO O'DONNELL, CONDE DE LUCENA.



Este célebre documento, sin duda el mas importante de la historia contemporánea, fué el grito de la revolucion, que estaba ya hecha moralmente, que se aspiraba en el aire por decirlo así.

En vano el Heraldo en sus artículos y el gobierno por medio de sus seides, echaban sobre la frente de O'Donnell, como un borron el nombre de moderado, jurando y perjurando, que el programa era apócrifo, que no podia aceptar la milicia nacional un hombre como él; que se tendia un lazo al pueblo, que la conspiracion era contra el trono y otras mil tonterías para contrarrestar la revolucion.

Pero todo era inútil; el pueblo estaba cansado de los polacos, y era ya inevitable que su sistema de gobierno fuera sustituido por otro mas liberal y mas en armonía con las tendencias del siglo.

Si la reina lo hubiera comprendido así, y entonces ó antes llamado al poder al general Espartero, hubiera evitado la revolucion; pero una venda funesta cubre los ojos de los reyes, cuando la providencia quiere perderlos.

Doña Isabel II ha tenido, cual no le tendrá quizá ningun rey, un escudo firmísimo de su trono en el invicto general Espartero, orgullo de la España moderna. El hubiera siempre defendido su trono; pero la reina no lo comprendió así, ó no quiso comprenderlo, siendo la funesta consecuencia de su ceguedad la pérdida de su dinastía.

Cuatro sucesos muy importantes vinieron á esta sazón á inclinar la balanza del lado de O'Donnell; la union del valiente general Serrano con el ejército libertador, la entrada de Buceta en Cuenca, el pronunciamiento de la ca-

balleria de Montesa en Torrejon de Ardoz, y la aparicion de las partidas republicanas en Valencia.

La revolucion iba consolidándose; y sin embargo aun la Reina no consentia en tomar decisiones enérgicas y salvadoras. contentándose con paliativos, cambiando de gabinete; pero sustituyendo al ministerio polaco otro compuesto de hombres que no merecian la confianza del país por sus opiniones en lo general moderadas; pues aunque mezclaron algunos progresistas no bastaron á calmar la efervescencia del pueblo, que estaba ya dispuesto á lanzarse á las armas para conseguir una reforma radical.

En la tarde del 17 de julio se habia manifestado en la corrida de toros el espíritu público de una manera templada; pero significativa. Durante la funcion nadie reparaba en sus diversos lances, tan estimados de la gente madrileña, que repartida aquí y allí por las localidades de la plaza, ocupábase únicamente en discutir y pensar la grave situacion política. Era un dia de los mas calurosos de julio que tambien contribuyó á exaltar los ánimos. Ocurrióse á algunas personas, de las mas ardientes en la opinion, pedir á grandes voces que la música tocase el himno de Riego y con esto se introdujo ya espontáneamente la forma en que habia de empezar el movimiento.

La salida de la fiesta que es uno de nuestros cuadros de costumbres mas característicos, lo fué esta vez mucho mas.

Entre los alborotadores mas exaltados y que iniciaron el pronunciamiento estaban Aurelio, el Curro, Tomás, el tío Roque y otros muchos que tenian á su devocion dispuestos siempre á secundarles.

Rosa los habia seguido á los toros y estaba con ellos, no

siendo la que menos contribuyó á la jarana, con otras muchas cigarreras muy templadas; amigas suyas que con este objeto habia convidado á la fiesta.

La multitud invadia la ancha calle de Alcalá y despues de vociferaciones ininteligibles, rompieron francamente en *vivas* estrepitosos á la libertad, á la Constitucion de 1837, á O'Donnell, á la Milicia Nacional y en mueras amenazadores á Sartorius, á Quinto y á los polacos mas importantes.

Hallábase á la sazón junto al café Suizo un músico de estos alemanes que las miserias ó las revoluciones lanzan desde el Rhin al Tajo y al verle el grupo de valientes que capitaneaba Aurelio, le ordenaron inmediatamente que tocase el himno de Riego. Resistíase el alemán temeroso, acudió al tumulto un municipal, queriendo prohibirlo y al penetrar en el corrillo vióse desarmado, golpeado y sin acción para moverse. Su sombrero napoleónico que voló por el aire oyó clara y distintamente el primer *viva* á la libertad.

No se reducía la exaltacion de los concurrentes á la plaza de toros, que la misma reinaba, si bien menos pronunciada, en los barrios altos y bajos de Madrid.

Al anochecer tomó un carácter mas alarmante. No solian escucharse los *vivas* muy distintamente; pero los *mueras* á nadie dejaban duda de que el odio popular se desataba contra Cristina y el ministerio caído.

Numerosos grupos invadieron la Puerta del Sol, punto militar de los mas importantes de Madrid; y aunque inermes, se apoderaron de los derribos del Buen Suceso y calle del Cármen parapetándose tras ellos.



Los repartidores de algunos periódicos liberales, cargados de hojas volantes, en las que se daba cuenta de la caída del ministerio, hicieron cundir el entusiasmo. Los grupos devoraban con ansia estos papeles entre los cuales se mezcló la siguiente proclama:

*Madriileños:*

Valladolid, Barcelona, Granada, han respondido al grito nacional de 28 de junio. La camarilla cede. El inmundo ministerio del conde de San Luis ha sido sacrificado para reemplazarlo con otro que empastele la situación. No hay transacción posible. Ni el ejército constitucional la admite, ni el pueblo debe admitirla. ¡A las armas, nacionales de Madrid!... ¡A las armas ciudadanos! Caigan á nuestros piés todos los tiranos; destruyamos de una vez á todos los ladrones, y consolidemos de una vez el triunfo de la libertad. No mas espera; no mas perdon. El sol de mañana debe alumbrar vuestra gloria y la eterna humillacion de vuestros enemigos.

EL COMITÉ LIBERAL.

Esta proclama ardientemente comentada por Aurelio y sus secuaces produjo un efecto inmenso, y roto ya todo freno el pueblo obró por sí mismo lanzándose con entusiasmo á las vias de hecho.

## CAPITULO LCIII.

### Venganza popular.

Al cerrar la noche adquirió el movimiento gravedad, por unirse al pueblo gente de la que la ropa hace llamar decente. En todos rebosaba el entusiasmo, imaginándose que fraternizaba la guarnicion con el vecindario. Los regimientos, las partidas, los oficiales y soldados sueltos que encontraban acaso por las calles eran victoreados y festejados con la mayor efusion, llegando hasta el punto de acompañarlos á sus cuarteles al son de festivas aclamaciones.

Al mismo tiempo repicaban algunas campanas y otras se tañian á rebato.

Entre tanto grupos tambien numerosos acudian un si es no es hostiles á tres puntos diferentes: al gobierno civil en la calle Mayor; á la casa donde vivian Sartorius y Collantes calle del Prado esquina á la del Leon, y á la de Salamanca en la calle de Cedaceros, esquina á la del Sordo y paralela por consiguiente á la iglesia de los Italianos.

Era pública voz que los municipales que componian la guardia del gobierno civil se hallaban comprometidos con los directores del movimiento á entregar las armas existentes en el edificio que no eran pocas; pero el pueblo adelantó la hora notablemente, que debió ser de diez á once de la noche y por fortuna ellos no se resistieron de ningun modo. Inmediatamente se precipitó á las oficinas una multitud inmensa, que salió poco despues á la calle armada con diferentes clases de armas, y llena de júbilo. Los rezagados que no pudieron proveerse de igual modo miraban con envidia á los 3 ó 400, que consiguieron armarse de aquella manera.

El comandante de la guardia de Palacio se fortificó con toda premura y destacó su gente en gruesos pelotones por todas las cercanías disponiéndose á la defensa.

Pero el pueblo entonces no pensaba en atacar.

Eran curiosísimas las diferentes peripecias que Madrid presencié aquella noche.

Los grupos de la calle del Prado empezaron por arremolinarse á la puerta de Sartorius. Ocho hombres de la guardia municipal que tenia el ministro para su resguardo, formáronse en el peristilo dispuestos á defender la casa, atreviéndose uno de ellos á hacer fuego contra el pueblo, cayendo herido de muerte en el corazon, uno de los inermes espectadores, y entonces el grupo se lanzó dentro con increíble furia y hubiera hecho pedazos á los municipales á no rendirse estos inmediatamente entregando las armas.

Acto continuo empezó el saqueo, ó mejor dicho el destrozo completo de cuanto habia en la casa.

Las turbas invadieron el piso bajo y principal, donde



moraban los dos ministros y empezaron á arrojar á la calle por balcones y ventanas los objetos mas lujosos que iban formando una pira, á la que prendieron fuego los concurrentes.

Nada respetaban en su terrible encono. Al fuego iban á consumirse, las colgaduras de encage y de terciopelo, las butacas de cuero de Córdoba, las vajillas de Sevres y los ricos trajes y encages de la mujer de Collantes.

En pocas horas quedó la casa completamente desocupada.

Media hora despues llegaban las llamas á los tejados y fué preciso que acudiera una bomba de la villa para evitar que se propagara el fuego á las casas inmediatas.

La casa de Salamanca presenció escenas de otro género.

El poderoso magnate enriquecido en pocos años, reunia en su opulenta mansion cuanto la riqueza y el lujo tienen de mas bello y mas selecto. Cuadros de gran mérito, alhajas riquísimas, muebles elegantísimos, tapicerías, jarrones de plata, adornos de oro, relojes, y ropas de todas clases se confundieron en un monton para ser pasto de las llamas.

El pueblo gozaba con entusiasmo viendo destruirse aquellas riquezas, y era de ver como algunos hombres harapientos sacaban de la casa objetos de gran valor con los que hubieran hecho su fortuna y los arrojaban sin vacilar á las llamas.

Uno menos honrado que estos y que vestia levita por mas señas, se apoderó de un número no escaso de cubiertos de plata, que quiso guardarse cuando fué descubierto por las turbas que sin oír sus quejas, ni las protestas que hacia invocando su necesidad, le hirieron y maltrataron de

tal modo que murió á las mismas puertas de la casa donde estuvo insepulto dos dias. ¡Tremenda justicia la del pueblo!...

Al propio tiempo se verificaban otros incendios en casa de Domenech ministro de Hacienda y del Corregidor Quinto y de todos los cajones que tenia la guardia municipal en plazas y calles.

La casa del conde de Vista Hermosa en la calle del Barco, fué tambien saqueada, ó mas bien incendiada porque aquí dió el pueblo muchas pruebas de su generosidad.

Cuéntase que al arrojar desde un balcon una caja misteriosamente cerrada, una mujer de la casa advirtió que aquella caja estaba llena de billetes de banco, que no la quemaran.

Pero los circunstantes la arrojaron sin vacilar al fuego gritando: «Se los regalamos al banco.»

Los mas valientes de los grupos entre los cuales apenas se veian armas, habian acudido desde las primeras horas de la noche al palacio de Cristina, situado en la plaza de los Ministerios.

Construido este palacio con pretensiones á la manera inglesa, tenia la entrada por un patio semicircular, cerrado por altas verjas. Del fondo de este patio parten dos escaleras á un corredor cerrado de cristales de colores que se comunicaba ya con las habitaciones principales.

La guardia estaba formada en el patio y la verja abierta cuando llegaron los primeros grupos. El número de la guardia se componia de veinticinco ó treinta hombres con un oficial.

La viuda de Fernando VII al oír los primeros gritos

había huido por una puerta secreta refugiándose en el palacio Real.

La primera acción del pueblo fué destruir las garitas exteriores y todas las persianas y cristales de la planta baja.

Como estaba desarmado, detúvose delante de la verja en observación sin atreverse á penetrar; pero entabló una animada plática con la guardia. El oficial se resistía á que penetrasen en el palacio, y el pueblo pugnaba por conseguirlo; pero viendo la actitud hostil que tomaba la guardia, retrocedió algún tanto. Entonces las mujeres que en gran número engrosaban sus filas apellidándole cobarde y ruin, penetraron en el patio denodadamente, bastando esto para que todos se lanzaran.

Imposibilitada de obrar por la estrechez del recinto, ó temerosa ó convencida en favor del pueblo, que fué lo que primeramente se creyó, salióse la guardia del palacio con el oficial á la cabeza y fué á formarse enfrente del ministerio de Marina.

La multitud de mujeres que iban á la cabeza del populacho, entre ellas Rosa, armada con su carabina y su canana iba la primera animando á todos y gritando «abajo la tiranía.»

Lo que pasó en aquella mansión suntuosa es imposible de describir; mezclados andaban con el pueblo algunos valientes servidores de María Cristina que procuraban ocultar arrojándolas á los pozos las mejores alhajas, sustrayendo á la codicia del populacho papeles y objetos de valor.

Al principio sintió el pueblo cierto respeto y no arrojó instantáneamente los muebles por los balcones contentán-



dose con tenderse en las butacas, y destrozar los espejos; pero las mujeres, verdaderas furias empezaron por escitar su furor prendiendo fuego á las colgaduras y haciendo hogueras en la calle.

No le duró mucho tiempo esta diversion; cuando mas embebida estaba la gente de la calle en aplaudir la caida de los muebles y el chisporroteo que hacian en la hoguera, y cuando los balcones del palacio estaban llenos de personas, en su mayor parte decentes, que sostenian con los de abajo pláticas graciosísimas contándoles con mucha sal y pimienta lo que hacian y lo que veian, estendióse en línea la guardia hasta cerrar la anchurosa plaza de los Ministerios, haciendo una espantosa descarga cuya voz de «fuego» ahogaron los gritos de aquella alegre multitud.

La mas angustiosa desolacion sucedió por breves momentos, hasta que el ¡ay! de los moribundos y las exclamaciones de coraje sucedieron á la descarga cerrada.

Estando el patio y los afueras henchidos de gente no hubo tiro que se desperdiciara, armándose una confusion inmensa entre los que corrian, subian y bajaban las escaleras rompiendo al pasar los vidrios de colores, y los que con algunas armas se concertaban para resistir aquel ataque traidor.

Hubo hombre en aquella confusion que por apresurarse á salir del patio trepó las verjas y se encontró casi imposibilitado de subir ni de bajar.

Rosa desde un balcon apuntaba con su carabina al oficial de la guardia, apresurándose muchos á imitarla.

Estos al parecer, fueron los primeros tiros que sonaron en Madrid la noche del memorable 17 de julio de 1854.

## CAPITULO LCIV.

### Noche horrorosa.

Mientras grandes grupos del pueblo se diseminaban á quemar los muebles de los que llamaba sus tiranos que se habian enriquecido robando á la nacion, la gran masa se hallaba en la Puerta del Sol, en la Plaza Mayor y en la Plaza de la Villa.

El primero de estos sitios que es de suma importancia estratégica, vióse lleno desde las primeras horas de una multitud inmensa que se contentaba con victorear á Espartero, y oír el entusiasta himno de Riego.

La tropa se puso en actitud de defensa y alarmado el pueblo empezó á ponerse sério. Presentáronse varios jefes populares á dirigir los grupos, con lo cual se formó bien pronto un peloton no despreciable de gente resuelta y valerosa que se prometian vender caras sus vidas.

La actitud de la Puerta del Sol iba siendo mas imponente de hora en hora. Los «vivas» y «mueras» se repetian con frecuencia, y encontrándose faltos de órdenes los jefes

de la guardia determinaron por precaucion encerrarse en el edificio; pero no pudieron hacerlo porque se lanzaron antes un buen número de paisanos, que por mucho tiempo fueron dueños de la posicion. Pero pugnando la tropa pudo al fin limpiar de paisanos el Principal, consiguiendo cerrar la puerta lo que pudo ocasionar un gravísimo conflicto, porque la multitud se obstinaba en incendiar el edificio.

Con asombrosa rapidez construyóse á la puerta misma una inmensa hoguera que alimentaba el maderaje de los derribos del Buen Suceso y la calle de Preciados, y á cada intimacion que á la guardia se hacia, íbase acercando mas y mas la hoguera á la puerta.

En esta disposicion se hallaban cuando invadió repentinamente la Puerta del Sol un regimiento de infantería, que la fué despejando sin hostilizar á los paisanos que se replegaron á las calles inmediatas, quedando detrás de la tropa porque cada compañía tomó una boca-calle formando un inmenso cuadrilongo. Esto no obstante, el tránsito quedó libre y platicaban en son amistoso soldados y paisanos, respetando la consigna que tenian de no hacer fuego á no ser que victorearan á la república, lo cual no entraba en las ideas del pueblo que se entusiasmaba con el himno de Riego, electrizándose al oír el nombre del general Espartero.

La Plaza Mayor estaba tambien llena de gente armada, las avenidas de la plaza tomadas por centinelas y constituida en ella el centro de la revolucion.

La de la Villa era igualmente foco de la insurreccion. Habíanse reunido en el Ayuntamiento algunos patriotas y formando apresuradamente una junta determinaron enviar



un mensaje á Palacio, en súplica de que el nuevo ministerio fuese liberal, puesto que se habia admitido la dimision al anterior y á las altas horas de la noche estaba sin gobierno la monarquía.

Pero esta comision no consiguió sus deseos y tuvo que disolverse la junta al son de los tiros que empezaban á resonar en distintos puntos.

La efervescencia continuó en aumento al saberse á las altas horas de la noche que la reina nombraba presidente del consejo de ministros y ministro de la guerra al teniente general don Fernando Fernandez de Córdoba, amigo íntimo del general Narvaez y moderado de toda su vida.

Esta noticia exasperó los ánimos, porque el pueblo que se pronunciaba en sentido liberal, solo queria liberales y en todos se pensaba menos en los generales Espartero y O'Donnell que eran los únicos llamados á regir los destinos del pais.

Siguió el fuego toda la noche entre la tropa y los paisanos. El pueblo no descuidaba su defensa. Comprendiendo con admirable instinto que presentándose en grandes masas perdian muchas probabilidades de triunfo, repartióse en pelotones, posesionándose de las bocas-calles, donde levantaba barricadas y de las casas, desde donde hacia un fuego graneado é irresistible.

La falta de armas era toda su desesperacion. No puede comprender humanamente la heroicidad de un pueblo el que no haya visto al de Madrid llorar de rabia por verse desarmado y arrojarle como un leon sobre las tropas antes que por vencerlas por desarmarlas.

Al caer un soldado herido ó muerto podian contar sus camaradas con tiro seguro, porque al momento corrian los paisanos á desarmarle aunque estuviese entre las mismas filas.

Cada uno satisfacía la febril ansiedad de tres ó cuatro paisanos, porque uno se apoderaba del fusil, otro del sable, de la bayoneta otro y no faltó quien viese á alguno contentarse con la cartuchera ó con el simple correaje.

Detrás de cada peloton armado se veía indudablemente otro peloton mayor que espiaba la ocasion de proveerse de armas, ya de los compañeros que en el combate cayesen, ya de los soldados. Así crecía en estos el terror, al paso que la cólera en aquellos porque los soldados sufrían un continuo fuego de todas partes; donde dispersaban un grupo aparecía al momento otro, y los paisanos á medida que el peligro arreciaba, comprendían mejor la necesidad de verse armados y mataban con mas ahinco. Hubo sitios donde las escopetas y los fusiles pasaban de mano en mano para que todos disparasen alguna vez y se trabaron sendas y porfiadas disputas entre los que involucrando el órden disparaban dos veces seguidas.

Otra cosa hacia mas horrible este combate. Casi toda la guarnicion de Madrid eran quintos que hacían fuego Dios sabe cómo, de lo que resultaba que mientras el paisano aprovechaba sus tiros, el soldado solo por casualidad lo conseguía.

La guerra en las calles es un crimen de la humanidad entera. La guerra entre hermanos es una mancha de la civilizaci6n!... Y estos horrores que con tanta frecuencia ha presenciado la España, son mas dignos de salvages que de hombres sensatos y que de liberales se precian.

El aspecto que Madrid presenciaba era horroroso, y entonces debió caer el trono de Isabel II, por su cruel obstinación en proteger á los moderados; pero el pueblo amaba á su Reina, como no ha sido amado ningun monarca en España, oyéndose gritar á los moribundos «viva Isabel II» y «viva Espartero» como si estos dos nombres que no debieron separarse nunca simbolizaran la libertad y la gloria de España.

El ministerio del general Córdoba no quiso aceptar el programa de O'Donnell, ni proceder al armamento de la milicia nacional que hubiera tranquilizado al pueblo, y el fuego siguió terrible y horroroso, generalizándose en todo Madrid, que bien pronto se vió cubierto de cadáveres, y convertidas sus calles en arroyos de sangre.

El fuego seguia sin interrupcion en varios puntos.

En el gobierno civil lo sostenian los municipales y la policia secreta.

En la plaza Mayor la guardia civil de infanteria.

En el Principal, los granaderos de la Reina.

En el ministerio de Hacienda, la guardia civil.

En el teatro Real, la policia y algunos soldados.

En el cuartel de San Gil, la artilleria.

En San Martin, la guardia civil que estaba allí acuartelada.

El batallon de Baza cubria varios puntos y en particular las avenidas del palacio de Cristina y del teatro Real; siendo general el horroroso combate en casi todo Madrid.

Aurelio, Rosa, el Carro y los amigos, estaban defendiendo una barricada en la calle de Sevilla.

Frasquito y Roque el zapatillero, defendian otra en la calle de Toledo.



## CAPITULO LCV.

### **Siguen los horrores.**

La noticia de que el general Córdoba habia hecho dimision, hizo cesar el fuego á las diez de la mañana del 18; pero á las doce y media viendo que no se confirmaba, volvió á continuar insistiendo los paisanos en incendiar el palacio de Cristina.

Esta vez se trabó el fuego con mas energía que nunca en toda la zona de la plazuela de Santo Domingo. Los soldados habian aprovechado esta tregua para apoderarse de algunas casas de la calle de Preciados y los guardias civiles para hacer obras defensivas en las ventanas de su cuartel. Unos y otros estaban ya á punto de darse la mano por el postigo de San Martin, cogiendo al pueblo entre dos fuegos, cuando se presentó á caballo y con una pequeña escolta el brigadier Garrigó con la mision de poner paz en todos, como lo decia el pañuelo blanco que en la mano tremolaba.

Al pronto cedieron las tropas á su ruego y desalojaron

aquel punto victoreadas por los paisanos que estaban locos de alegría; pero al llegar á la bajada de Santo Domingo, volvieron de súbito haciendo fuego á un grupo considerable de paisanos que habia en las esquinas de las calles anchas de San Bernardo y Silva. Las víctimas de esta traicion fueron muchas, la mayor parte indefensas, siendo ya terrible la venganza por parte del pueblo que no quiso ya oir condiciones de paz y matar ó morir fué su único deseo, trabándose una horrenda y porfiada lucha.

El brigadier Garrigó viendo la inutilidad de sus esfuerzos, tuvo que retirarse á la plaza Mayor, donde fué mas afortunado recibiendo entusiastas aclamaciones de todos los combatientes, que á sus ruegos depusieron las armas, rindiéndolas tambien la guardia civil. Pero, bien poco duró este consuelo, pues de dos á tres de la tarde inundaron todos los puntos nuevas tropas, con terribles órdenes sin duda, porque esta vez se hizo uso de la artillería que causó horrorosos estragos en el pueblo.

Infamia y baldon eterno sobre los que á trueque de sostenerse en el poder ordenaron una matanza tan inícuca consintiendo que se vertiera á rios la generosa sangre de tantos valientes.

En las platerías se vió el efecto que hace la artillería en un pueblo que pelea resuelto por su libertad. Mientras las balas destrozaban las casas, hiriendo á inocentes ancianos, niños y mujeres, los artilleros caian uno á uno heridos en el corazon y el número de paisanos crecia por momentos hasta ser turbas inmensas donde no faltaban niños y mujeres que con fervorosas voces clamaban venganza contra tamaña iniquidad, escitando mas y mas el furor del pueblo.

Con admiracion de todo el mundo se vió en este sitio un muchacho abrazarse á un cañon que estaba sin defensores. El infantil héroe embriagado en su triunfo, no vió que el pueblo retrocedia otra vez y otra vez ganaban terreno los zapadores y cuando con mas entusiasmo gritaba abrazado al cañon ¡este es mio! ¡este es mio!... se le acercó un zapador arrancándoselo con la vida, porque impiamente atravesó al pobre niño de un bayonetazo.

Ambas zonas de la plaza Mayor y la de Oriente estaban inundadas de tropas; pero en ninguna parte era la lucha tan viva como en las Platerías. Apoderáronse los soldados de algunas casas y desde balcones y tejados hacian fuego sobre la calle mientras la metralla la barria. Del mismo modo ocuparon los municipales la calle de Ciudad Rodrigo hasta que buscando el paisanaje un medio de evitar aquella lluvia de balas, ocuparon otras casas de la misma calle y siguieron destrozándose mutuamente de una manera horrorosa.

Nuestra pluma se resiste á continuar describiendo estas escenas sangrientas y no queremos contristar á nuestros lectores con los mil detalles y crueles peripecias que tuvieron lugar en esta lucha memorable.

Basta lo dicho para hacer comprender la ciega obstacion de los hombres que mandaban y que refugiados á la sombra del trono, herian á mansalva al pueblo que por su parte hizo tambien formal empeño en arrojarlos de Palacio.

Desde la misma noche del 17 la calle de Toledo y la plazuela de la Cebada tomaron una parte muy activa en el movimiento popular.

Frasquito y el tio Roque estaban al frente de los gru-



pos mas numerosos y desde la madrugada del 18, empezaron á preparar el barrio para la defensa, desempedrando algunas calles y reuniendo armas y gente, todo con el mayor órden, quedando la plazuela de la Cebada en disposicion de resistir á muchos batallones.

No solo se organizó de una manera conveniente la fuerza que habia de combatir, sino que algunos vecinos acaudalados, acopiaron para ellos muchas provisiones y aun repartieron dinero para sus familias.

El único puesto donde hubiese tropa allí, era el magnífico convento de San Francisco el Grande convertido en cuartel de los regimientos de Estremadura y Cuenca. De estos solo quedaban en el cuartel una corta fuerza de quintos, pues la restante formaba parte de la division de Blaser ó cubria otros puntos de Madrid.

Como no hiciesen los quintos salida alguna ni hubiesen hostilizado al pueblo en la noche anterior, acudió por la mañana á cercar el cuartel casi toda la gente del barrio.

Ya fuese por amor al pueblo del que acababan de salir ó por hallarse tan aislados y léjos de las autoridades, hicieron los quintos una especie de capitulacion, por la cual conservaron sus armas y su puesto.

Cuéntase que habiendo entre el paisanaje suma escasez de pistones para las armas que por su construccion los requerian, atrevióse uno de aquellos valientes á saltar las bardas del cuartel con objeto de proveerse entre la tropa de grado ó por fuerza; y con efecto á los pocos instantes regresó con pistones en abundancia, contando que su peticion habia sido bien acogida.

Aprovechando los diferentes grupos un momento de

calma, empezaron á correr la voz de que era preciso llevar á la barricada y colgarle del palo mas alto á uno de los vecinos mas ricos del barrio, que se habia escondido cerrando su casa y negando todo auxilio á los sublevados.

Este vecino era don Toribio Sanguijuela.

Así que la voz corrió, la acogieron con entusiasmo todo el mundo en particular las mujeres que empezaron á recordar con dolor las muchas prendas y alhajas, que habian ido á sepultar en aquella garganta sin fondo, que se estaba tragando hacia muchos años los cortos haberes de aquellas infelices gentes.

Una gritería espantosa se levantó inmediatamente, aclamando con entusiasmo al que habia tenido la feliz ocurrencia de pensar en el avaro prestamista para colocarle de blanco en la barricada.

—Vamos á buscarle!... vamos á buscarle!... decian las mujeres.

—Sí; pero antes que nos devuelva nuestras prendas; yo le llevé hace pocos dias las sábanas de la cama que eran nuevecitas, de hilo rico y el muy judío tuvo valor para darme por ellas tres pesetas; quiero recobrarlas!... vamos!... vamos!... gritaba esta mujer escitando á las demás y entre todas á los hombres que se decidieron al fin á complacerlas.

Las mujeres que estaban cerca de sus casas corrieron á buscar las papeletas de empeño, otras se armaron en la barricada de palos de sillas, ganchos de hierro, martillos y cuantos objetos hallaron á mano con que acometer al usurero.

Era un motin de mujeres, en su mayor parte cigarre-

ras, víctimas casi todas del infame judío, y tan justamente indignadas que no debía esperar de ellas mucha clemencia.

Estos clamores llegaron á oídos de Frasquito, vió que era inevitable el ataque á la casa de su amada y poniéndose al frente de los grupos les dijo:

—¡Ea! camaradas, en marcha; yo os guiaré, pero cuidado con que nadie se me desmande.

Y la multitud impaciente siguió con entusiasmo al bizarro ebanista.



## CAPITULO LCVI.

### El sótano del prestamista.

Estefanía desde la noche anterior habia abandonado su casa por consejo de Frasquito, trasladándose á la de su madre; pero antes de marcharse dejó provisiones abundantes para tres ó cuatro dias en el despacho, colocando en la cesta un papel en el que manifestaba á don Toribio el estado de la poblacion y el peligro que corria su casa, por lo cual la abandonaba creyéndole á él en su escondite en completa seguridad.

La jóven se unió despues á algunas piadosas vecinas, y por consejo de Frasquito establecieron un hospital de sangre en el magnífico taller que éste habia puesto en la calle de Toledo; era un gran local; pero por las circunstancias no pudo emprender ninguna clase de trabajos de ebanistería y estaba casi desocupado.

La señora Andrea trasladó á él sus muebles y cumpliendo su palabra habia traspasado el puesto del Rastro, dedicándose únicamente á los quehaceres de su nueva casa.

Allí, pues, estaban reunidas diez ó doce mujeres, colocando camas y preparando todo lo necesario para los heridos. Entre ellas estaban casi todas las vecinas de la calle del Duque de Alba. Jacinta y la Sabandija, en union de Estefanía eran las mas activas.

Solo faltaba de nuestras antiguas conocidas en aquella casa Rosa, que juró á la marquesa no separarse de su hijo y estaba con él y con el Curro y Tomás defendiendo una barricada en la calle de Sevilla; y las Golondrinas madre é hija, que ocupadas en ejercer la caridad para sí mismas no se cuidaban de los demás; mas adelante hablaremos de ellas.

Sigamos á los grupos que con inmensos gritos se dirigian precedidos de Frasquito, del tio Roque y del tio Judas, á la calle de la Ruda.

La puerta del portal de la casa de don Toribio estaba abierta; pero en el cuarto bajo, que tenia el establecimiento de préstamos se ostentaba todavía insolente y descarado el enorme cartelon con gruesas letras que decia: «No hay despacho.»

Este papel fué lo primero que cayó en las furiosas garras de aquellas mujeres que haciéndole trizas gritaron «nosotras nos despacharemos á nuestro gusto.»

Como nadie contestase á los repetidos golpes que dieron á la puerta, Frasquito tomó una herramienta de manos de un obrero que estaba á su lado y en pocos minutos hizo saltar la puerta en astillas.

El pueblo se precipitó dentro con mil gritos de júbilo:

Varias mujeres de las mas desalmadas se dirigieron enseguida hácia las ropas mas ricas con ánimo de apode-

rarse de ellas; pero Frasquito se adelantó y con ademán imponente las contuvo diciendo:

—Señores; en nuestra barricada tenemos un cartel que dice «pena de muerte al ladrón» y yo que soy el jefe estoy dispuesto á dejar aquí mismo sin vida al que toque á un solo trapo. Somos revolucionarios honrados y no bandidos.

El tono, la gallardía del jóven, y el verle cubierto de armas y muy dispuesto á llevar á cabo su decision hicieron retroceder á las mujeres.

Una de ellas mas atrevida que las otras exclamó:

—Pues que se nos dé lo nuestro;

—Corriente; se os dará; vengan las papeletas y vamos á ir por su orden desempeñando objetos.

—Yo no las tengo; gritó una mujer.

—Pues á buscarlas; solo á la vista de la papeleta se dará la prenda.

Varias mujeres echaron á correr hácia sus casas, otras que las llevaban las sacaron y las mostraban con júbilo infinito por encima de sus cabezas.

—Los hombres, dijo Frasquito, á recorrer la casa hasta encontrar al dueño, para que el mismo haga el reparto; si no está le haré yo mismo.

—A mí, á mí, un vestido de merino; gritaba una.

—A mí cuatro sábanas, decia la otra.

—Yo un cubierto de plata; gritaba la de mas allá.

Y entre todas era una confusion inmensa, hasta que enfadándose el ebanista las hizo callar colocándolas en orden para ir recibiendo sus prendas.

En tanto el tío Roque á la cabeza de un grupo numeroso de hombres recorria la casa de arriba abajo, sin en-



contrar á don Toribio. Por último entraron en su despacho y como el zapatillero conocia el escondite por haber penetrado en él en compañía de don Toribio y de Tomás cuando fueron á buscar el arquita de los documentos que guardaba el marqués, se dirigió inmediatamente al retrete exclamando:

—Pronto le encontraremos.

Luego se detuvo y volviéndose hácia los circunstantes les dijo:

—Qué os parece que hay aquí?...

—Un retrete; exclamaron varios examinándole y no hallando nada de particular.

—Pues vereis, esta tabla del centro es la puerta de un sótano donde el usurero guarda sus riquezas; yo he penetrado en ella; pero ignoro el mecanismo con que se abre; será preciso hacerla pedazos.

—Pues abajo, gritó un albañil; dando sobre ella un tremendo golpe con la piqueta que llevaba en la mano.

La tabla rechinó estremeciéndose; pero no cedió.

—Vengan herramientas carpinteras y haced añicos este falso retrete; dijo el tío Roque.

Inmediatamente salieron del grupo cuatro ó cinco hombres y en menos de cinco minutos estuvo franca la entrada del sótano.

El tío Judas habia ido á avisar á Frasquito de lo que pasaba y el jóven se presentó, entrando el primero en aquel ignorado escondite donde reinaba una oscuridad profunda seguido del inmenso grupo de hombres y de mujeres que presenciaban la escena con la mas viva curiosidad.

—Luces!... luces!... gritaron algunos.

Las mujeres recorriendo la casa encontraron algunas velas, con las cuales se iluminó bien pronto el sotano; ofreciendo á los ojos de los circunstantes aquella maravilla de riquezas que tenia hacinadas en perchas y enormes arcas el viejo usurero.

Pero él no estaba; en vano le buscaron por todos los rincones; sacaron de las arcas las piezas de terciopelo, los encages, y cuanto en ellas habia por si estaba escondido en su fondo y no le encontraron.

Sacudieron los trajes que habia colgados en las paredes y tampoco.

—Pues señor, no está en su casa, dijo el tio Roque; y observo que aquí hay riquísimos objetos, pero no se vé ninguna alhaja, ni dinero, en tanto cajon como hemos registrado.

—Que tonto!... exclamó Frasquito; así como él se ha puesto á buen recaudo, habrá tenido la precaucion de poner los objetos de valor.

—Naturalmente; el dinero y las alhajas las habrá depositado en el banco, y se ha escondido en casa de algun amigo, dijo uno de los concurrentes.

—¡Ea! pues, vámonos arriba á despachar las papeletas; somos los amos, dijo Frasquito.

Y la multitud empezó á salir no sin mirar con ojos codiciosos aquellas riquezas que debian pertenecer á personas elevadas, que teniendo tambien sus necesidades habian ido á cambiarlas por un poco de dinero, que desdeñosamente les arrojaba el judío del barrio como muchas personas llamaban á don Toribio.

Subieron arriba, Frasquito cerró el despacho y ayudado

despues por algunos muchachos empezó á distribuir á cada uno sus prendas, siguiendo la numeracion que tenian y segun presentaban las papeletas.

Al cabo de un par de horas la operacion estaba concluida, y viendo que quedaban infinidad de objetos se empeñaron algunas mujeres en quemarlos, ya que no se los podian llevar.

Inmenso trabajo costó á Frasquito disuadirlas de su intento y al fin lo pudo conseguir haciéndolas creer que, como así era cierto, que aquellos objetos pertenecian á otras personas que irian á recogerlos y se les entregarian de la misma manera que los que ellas acababan de recibir.

Cundió la noticia de que las tropas estaban atacando la barricada y todo aquel grupo se dispersó como por encanto.

Frasquito quedó el último; atrancó la puerta que habia roto para entrar, y se salió por la del principal, muy contento de haber podido librar las mayores riquezas que tenia hacinadas don Toribio.

Media hora despues se batia como un héroe en la barricada, empezando á inundarse el hospital de sangre que tenia en su casa, á cargo de su madre, de Estefanía y de Jacinta que con el mayor celo prestaban sus eficaces auxilios.



## CAPITULO LCVII.

### Las Golondrinas.

Llegó la noche, despues de un dia horroroso de combate, y quedó la poblacion sumida en el silencio y la oscuridad, por haberse retirado las tropas á los cuarteles y la presentacion de jefes populares decididos y sensatos que dieron al paisanaje organizacion, cosa que tanto necesitaba y la direccion conveniente de que habia carecido hasta entonces.

Viendo palpablemente que el ministerio Córdoba estaba determinado á resistir tanto ó mas que hubiera resistido el ministerio Sartorius y que por consiguiente la retirada de la tropa no era definitiva, sino una trégua tomada para el natural descanso, se reunieron los combatientes del paisanaje á hacer los preparativos necesarios para la lucha del siguiente dia.

La noche era horrorosa, sumida en las tinieblas, llenos de cadáveres las calles, oyéndose por dō quiera los congojosos ayes de los heridos, y los lastimeros lamentos de las viudas y hermanos que buscaban con especial cuidado en

el silencio de la noche á los objetos queridos de su amor.

Entre estas fugitivas y doloridas sombras iban dos mujeres cuidadosamente cubiertas con largos abrigos, que con medroso paso recorrían las calles, contestando con lamentos y lloros al «quién vive» de los centinelas y diciendo que buscaban desoladas á su marido y á su hijo que debían estar entre los muertos ó heridos.

Unos las dejaban pasar y otros menos compasivos las hacían retroceder.

Pero ellas aprovechaban el tiempo; en el intervalo que mediaba de unos centinelas á otros y de una en otra barricada, se detenían ante los cadáveres, sacaban un farolillo que llevaban oculto debajo del abrigo, y veían si el muerto llevaba reloj ó dinero, en cuyo caso se lo quitaban y proseguían su tarea.

En las casas donde había habido incendios de muebles y efectos, como en las de Sartorius, Salamanca y otras, se quedaban más despacio y revolvían las cenizas con un gancho, guardando en un saco los objetos de algún valor que encontraban.

De esta manera pasaron la noche y ya casi al amanecer estaban en la calle de Toledo, buscando salida para dirigirse á su casa que la tenían en una de aquellas callejuelas.

Pero el barrio estaba muy en conmoción, se organizaban á toda prisa las barricadas y los combatientes se preparaban á la lucha.

Todas las bocas-calles estaban tomadas y las era imposible pasar, sin inspirar sospechas.

Una de ellas, la más joven se sentó en el quicio de una

puerta, colocando entre su falda el enorme talego que llevaba casi lleno y que pesaba muchísimo.

—¡Ay! madre!... yo no puedo mas; estoy cansadísima; dijo exhalando un suspiro.

—Pues hija, es preciso hacer un esfuerzo; porque si nos cojen con estos fardos, nos matan sin piedad; ya ves, en todas las barricadas tienen el cartel de «pena de muerte al ladron.» Si podemos entrar en la calle de Latoneros, estamos salvadas.

—Sí; buena es la gentecilla de este barrio para dejarnos pasar si descubren lo que llevamos. En fin, vamos allá; y la mujer se levantó á duras penas encaminándose hácia la calle citada.

Poco antes de llegar á ella apareció un grupo de paisanos impidiéndolas el paso:

—Atrás!... exclamaron, atravesando los fusiles.

—Por piedad!... exclamó la vieja!... dejadnos pasar, somos unas infelices que nos cogió la revolucion en casa de una amiga, y aprovechando la quietud de la noche nos volvemos á la nuestra; está á dos pasos de aquí.

El que hacia de jefe de aquel grupo, quiso reconocer la cascada voz de la vieja y pidiendo el farol á un camarada le aproximó al rostro de las dos mujeres.

Ellas retrocedieron tapándose y murmurando en voz imperceptible:

—¡Ay! el tio Roque!... somos perdidas.

—Que es eso, escondeis la cara, buenas piezas?... pues algo tendreis que ocultar, dijo el jefe.

—Mucho abultan y malas trazas tienen; parecen dos brujas!... repuso un paisano.



—A registrarlas!... exclamaron varios.

—Por piedad!... señores, tened lástima de dos pobres mujeres y dejadnos pasar; dijo la mas jóven.

El tio Roque, pues él era el jefe de la partida, acabó de reconocerlas al oír la voz de la mas jóven, y soltando el farol se acercó mas á ellas diciéndolas:

—Os he conocido y es inútil que os tapeis.

Las dos mujeres se estremecieron profundamente.

—Vamos á ver!... ¿de dónde vienen á estas horas las Golondrinas?... y en verdad que mejor que Golondrinas os debian llamar lechuzas, porque sois aves de mal agüero.

—Ah! por Dios, tio Roque, exclamó Juana; ya que nos ha conocido usted, déjenos ir á nuestra casa.

—De dónde venís á estas horas?...

—De buscar á Genaro; dijo Juana.

—Mentira!... Genaro está en presidio, porque quiso robar en casa del marqués de Nieblas y le prendieron.

—Es cierto eso?... ¡ay! tio Roque de mi alma! yo lo ignoraba; hace tres dias que salí del Hospital, y mi madre que iba á verme me trajo á una buhardilla de esta calle próxima donde vive.

—Pero por qué habeis salido, vamos á ver?...

—Por buscar á Genaro; ya lo ha dicho Juana!... exclamó con cierta impaciencia la vieja.

—Embustera; piensas que me engañas?... gruñó el tio Roque enfadándose!... Ahora mismo vamos á ver lo que llevais.

—Por Dios!... tenga usted lástima de nosotras!... ya sabe usted que soy muy desgraciada!... gritó Juana con voz suplicante.

—Muy holgazanes y muy viciosos es lo que sois todos en tu casa y así tendreis el paradero. ¡Ea! muchachos, quitadles esos mantos y á ver lo que llevan escondido; dijo el tío Roque.

Las dos mujeres retrocedieron defendiéndose, y en la huida dejaron caer el farol.

—¡Hola!... exclamó uno de ellos, un farol encendido; mira que prevenidas iban.

Otro de los muchachos cogió el farol antes que se apagase y con el que ya tenían alumbraron la escena.

Las cercaron entre todos y ellas viéndose perdidas se sentaron en el suelo y empezaron á coro una lamentable geremiada.

Pero ni sus sollozos, sus gritos y sus ayes conmovieron á aquellos hombres que nada bueno esperaban de ellas.

—Bribonas!... ya podíais haber estado recorriendo á los heridos, como están hace dos días mi mujer y todas las vecinas y amigas del barrio; exclamó el tío Roque pegando un tremendo tiron al abrigo en que se envolvía la Golondrina vieja y dejándola estrechamente abrazada al enorme saco que contenía sus robos de toda la noche.

Lo propio hizo otro compañero con Juana y las dos dejaron sus hurtos al descubierto.

—Vengan estos sacos!... gritó el tío Roque apoderándose de ellos; alumbrad muchachos, y volviéndolos boca abajo, vació el contenido de ellos en medio de la acera.

—Relojes, pañuelos!... dinero, alhajas, encages y terciopelos medio quemados!... ah! bribonas, os habeis ocupado durante la noche, en despojar los cadáveres, y en revolver las cenizas de los incendios!... ah! las pagareis

todas juntas; muchachos, llevadlas á la barricada y atadlas á un poste para que sufran los primeros tiros; exclamó el tío Roque, y con ira mal comprimida, fué metiendo otra vez los objetos en los talegos.

Aquí empezaron otra vez las lamentaciones y los gritos de las dos mujeres; pero no les valió, porque se las llevaron á empujones y á golpes llenándolas de improperios.

—Miserables!... infames!... toda su vida han sido unas ladronas que han querido comer y triunfar á costa del prójimo!... murmuraba el tío Roque verdaderamente indignado.

En seguida hizo que le acompañasen dos muchachos para llevar los talegos al jefe principal de los sublevados.



## CAPITULO LCVIII.

### La junta de salvacion.

Amaneció el miércoles 19 de julio.

El aspecto de Madrid era imponente; aterrador.

Las calles estaban desempedradas y llenos de piedras los balcones, de manera que ni artillería ni tropa alguna podia penetrar por ellas sin peligro de muerte.

Por do quiera se veian diseminados y cubiertos de sangre cadáveres de soldados y de paisanos; en algunos sitios habia amontonados tres ó cuatro, y mezclados con ellos los de algunas mujeres de las muchas que tomaron parte en el combate.

La actitud de las tropas y del gobierno daban á entender bien claro, que como quedase por suya la victoria, se renovarían seguramente las escenas sangrientas del Dos de Mayo, empezando una série horrible de persecuciones y de venganzas.

Esto bastó para que comprendiéndolo el pueblo se empeñase en alcanzar el triunfo, aumentando considerablemente las filas de los defensores de la libertad.

Desde el amanecer, la revolucion tomó tanto empuje que se hizo invencible, personas acomodadas y decentes se lanzaron á la calle, y muchas que por gusto tenían armas y municiones, empezaron á proveer con ellas á la necesidad comun, duplicándose por instantes la fuerza popular.

*Las Novedades* dió á luz un pequeño suplemento aconsejando al pueblo que no cediese hasta asegurar por completo el triunfo de la libertad; de esta hoja única que salió á luz aquella mañana, se repartieron mas de veinte mil egemplares que apenas bastaron para satisfacer al pueblo, otra ventaja y de las mas notables contribuyó á infundir nuevos bríos al paisanaje.

Algunas mujeres que iban por la ronda poco despues del alba, repararon que venian de Chambery en direccion á la puerta de Fuencarral un carro cuidadosamente cubierto y custodiado por una corta fuerza que aunque disfrazada parecia militar.

Hacer estas observaciones las mujeres y prorumpir en gritos y voces de alarma fué obra de un momento.

Hallábanse aquellas cercanías henchidas de gente que esperaba con ansia saber lo que ocurría en Madrid. Una parte de ella habia salido de la poblacion la noche antecedente, y la otra venia de los pueblos inmediatos atraida por la curiosidad ó por el deseo de tomar parte en la lucha.

Agolpóse, pues, á los gritos de las mujeres una multitud inmensa en torno del carro y cuando vieron que lo que conducia eran municiones de guerra, un grito de inmenso júbilo resonó en los aires.

Aquel suceso providencial salvaba á la revolucion.

Arrojáronse sobre la escolta tres ó cuatro hombres armados que por acaso parecieron allí, y provistos otros de palos y piedras apoderáronse finalmente de presa tan codiciada.

Las municiones eran bastantes á proveer á toda la fuerza armada de los paisanos.

El efecto que en las filas de estos haria semejante suceso pueden muy bien figurárselo nuestros lectores. Cuando el carro llegó á Madrid su entrada fué una verdadera ovacion.

Repartiéronse inmediatamente pólvora y balas á los grupos y el ardor creció á medida que la noticia se difundia como chispa eléctrica.

Este acontecimiento contribuyó tambien no poco á que los combatientes aumentasen inspirando confianza hasta en los mas desanimados que hasta entonces no la habian tenido.

Necesario iba siendo ya que toda la poblacion se levantara en masa, porque la tropa habia vuelto á trabar el fuego. Desde el amanecer empezó la del principal; pero en todas las boca-calles que lo cercan estaba la resistencia muy bien organizada.

En la de Preciados se estaban haciendo barricadas al son de los tiros; en la del Cármen el comercio habia proporcionado armas; en la de la Montera, guarecidos detrás de la empalizada de una obra tres ó cuatro valientes resistian y contestaban á los fuegos de Correos, mientras otros con no menos valor sacaban cajones y maderos de las tiendas próximas para formar una barricada movible, que así avanzaba como retrocedia.



Este curioso baluarte de la libertad ostentó hasta el día en que fué deshecho, la inscripción siguiente que vimos reproducida en algunos periódicos:

«Esta barricada aunque fea y desagradable, fué construida en la madrugada del 19 bajo el fuego de los soldados del principal, por cuya razón es la voluntad de sus defensores que sea la última que se deshaga.»

En todas las calles mas principales de Madrid, así como en los barrios bajos, se construyeron barricadas que fueron heroicamente defendidas por el pueblo.

Los cuarteles al propio tiempo sostenian un vivo tiroteo con sus sitiadores. Los del Soldado y San Mateo se hallaban rodeados de barricadas y faltos por consiguiente de comunicacion y de víveres. La tenacidad del pueblo que por instantes crecia, obligaba á las tropas á ser tenaces tambien. Las traiciones de estas en los dias anteriores quitaban á los paisanos todo anhelo por trabar pláticas de paz y es seguro que la sangre no hubiera dejado un instante de correr á no negociarla personas muy peritas en las luchas civiles.

La primera y mas importante fué el anciano general San Miguel que salió á aquella hora de su casa, en la bajada de los Angeles con el propósito de interponer toda su influencia para que cesara la efusion de sangre y Madrid recobrarla la paz.

El buen general echó por la calle de Jacometrezo, acompañado de un cortísimo número de personas, entre las cuales se contaban los señores Escalante y Fernandez de los Rios, vocales despues de la junta, y bien pronto comprendió que ni aun aquel barrio podria recorrer sin mucho pe-

ligro. Aunque flojamente, por todos lados reinaba el tiro-teo. Al llegar á la calle de los Leones las balas pasaron silbando á cortísima distancia de su venerable cabeza. Hubiera sin embargo llevado á cabo su proyecto de ir al principal, para entenderse con el gobierno y hacerle comprender la necesidad de que cesara la lucha; á no habérselo impedido los paisanos que se hallaban en la calle de Fuencarral que temian y con razon por su existencia si realizaba semejante temeridad.

Las aclamaciones y los gritos de entusiasmo con que acogieron los paisanos al invicto general, pusieron en conmocion á todo el barrio.

El Sr. Sevillano que tenía su morada en la calle de Jacometrezo bajó inmediatamente á ofrecer reposo y abrigo al general.

Circuló de boca en boca la noticia de sus intenciones; creyendo el pueblo que acudia a tenderle los brazos y á llevarle á la victoria; y desde aquel punto no se vió un momento abandonada la casa del rico banquero.

Las personas mas influyentes y conocidas acudieron tambien en ayuda del general y así fué poco á poco formándose la junta de salvacion, armamento y defensa de la provincia de Madrid.

Su contestacion definitiva fué á las siete y media de la mañana, como resulta del documento siguiente:

(1) «En la M. H. villa de Madrid, á las siete de la mañana del dia 19 de julio de 1854, reunidos los señores del

(1) Todos los sucesos que venimos refiriendo sobre la revolucion del año 1854 son históricos, tomados los datos de las páginas ilustradas que escribió D. Vicente Barrantes y se publicaron en «La Ilustracion.»

márgen en el salon bajo de la casa del Escmo. Sr. D. Juan Sevillano, marqués de Fuentes de Duero, en los momentos de mas peligro, cuando el pueblo regaba con su sangre, las calles de la capital, combatiendo con heróico denuedo á los enemigos de la libertad, determinaron constituirse en Junta de Salvacion, Armamento y Defensa de Madrid, con el objeto de dar una acertada direccion al movimiento popular, economizar sangre y salvar las instituciones holladas por la mas bárbara é inaudita tiranía: despues de haber elegido unánimemente para presidente al escelentísimo Sr. D. Evaristo San Miguel, aclamado por las fuerzas populares para que se pusiera á su frente y por un inmenso pueblo que le siguió á la salida de su casa y para secretario al primer vocal D. José Antonio Miguel Romero, presente en el acto; se hicieron sin intermision los acuerdos que se espresaran: firman todos los señores concurrentes de que yo vocal secretario certifico.

Siguen las firmas de los individuos que componian la junta y eran D. Juan Sevillano, D. Alfonso Escalante, don Manuel Crespo, D. Francisco Valdés, D. José Mártir Iriarte, marqués de Tabuérniga, D. Gregorio Mollinedo, don Angel Fernandez de los Rios, marqués de la Vega de Armijo, D. Joaquin Aguirre, D. Antonio Conde Gonzalez y D. José Ordax AVECILLA.



## CAPITULO LCIX.

---

**Continúa el anterior.**

Al mismo tiempo que circulaba por Madrid la lista impresa de los individuos que componian la junta, corria la siguiente proclama que era arrebatada de las manos con ansia febril y leidas con avidez en las esquinas:

**MADRILEÑOS:**

«Reunidos en junta patriótica por el mero impulso de salvar el orden público tan comprometido ayer y hoy, faltariamos á nuestros sagrados deberes si nuestra primera operacion no se contrajese al objeto de impedir la efusion de sangre por una y otra parte.

La junta ha dado órdenes á todos los puestos donde hay ciudadanos armados para que no disparen un solo tiro no mediando provocacion ó via de fuerza.

Esperamos por lo mismo que todos los jefes militares de los cuarteles y otros puntos donde haya fuerzas militares, dén las mismas órdenes á los suyos para que no hostilicen á ninguno que pase por sus inmediaciones tranquilo y sin demostracion de hostilidad alguna, haciéndoles responsa-

bles en todo lo que mas importa al honor del hombre, de cualquiera infraccion de una medida tan vital en las actuales circunstancias.

Seguian las firmas de todos los individuos de la junta.»

Estos documentos circularon con rapidez inmensa reanimando un poco los abatidos ánimos de las personas sensatas que estaban ya horrorizadas de tan espantoso combate.

Uno de los mayores deseos de la junta era que el fuego cesase, no solo por un sentimiento filantrópico, no solo por un alto deber político y moral que tenia que cumplir, sino por restablecer las comunicaciones y con ellas las probabilidades de un acomodamiento honroso; pero aunque se exhortaba á que cesase el fuego, no lo suspendian ni soldados ni paisanos.

Hubo barricada que hizo retroceder á los emisarios de la junta que iban á entenderse con la tropa, é interceptó al mismo tiempo las provisiones que se le enviaban en cumplimiento del mas sagrado de los deberes; la humanidad.

No acusamos de cruel ni de sanguinario al pueblo de Madrid, que en esta misma ocasion dió hasta pruebas de no serlo; pero estaba ya ciego de irritacion, irritacion justísima porque la tropa habia obrado de la manera mas dura que puede imaginarse.

La junta prosiguió durante el dia sus diligencias corriendo los mayores riesgos.

Al oscurecer, mientras el marqués de la Vega de Armijo iba á palacio atravesando las calles de la Montera y la Mayor, sembradas de cadáveres y ocupadas á trozos por fuerzas de paisanos y del ejército, colocadas en actitud

amenazadora, el ilustre general San Miguel acompañado del Sr. Fernandez de los Rios y de un ayudante, cruzaba la Puerta del Sol y llamaba en la casa de Correos para conferenciar con el jefe militar de la guardia que la guarnecía y visitaba los principales puestos aumentando por todas partes la confianza. Los generales Iriarte y Crespo individuos tambien de la junta, velaban porque no se cometiera ningun esceso contra los cuarteles del Soldado y San Mateo que estuvieron á punto de ser entregados á las llamas.

La junta constituida en sesion permanente dia y noche trabajaba sin descanso. Menudeaban las comisiones al gobierno. El señor marqués de Tabuérniga primero, los señores Mollinedo y Fernandez de los Rios despues, y por último los Sres. Sevillano, Escalante y Pacheco fueron á palacio pasando por los puntos ocupados por los paisanos, á los que amenazaban la guardia civil y cazadores de Baza que no dejaron de saludarlos con fuego desde las ventanas del teatro Real. Al acercarse á Palacio y al volver las comisiones de la junta tuvieron que hacer grandes esfuerzos para que se les respetara.

El ministerio se veia en la posicion mas ridícula que imaginarse puede; encerrado en palacio, sin una autoridad que se atreviera á salvar la linea de defensa establecida para el alcázar, aislado completamente de todas las fuerzas militares que se encontraban en distintos puntos de la capital, ignorando cuanto en ella pasaba, espuesto á experimentar hasta la escasez de víveres, y recibiendo frecuentes intimaciones de la junta, puso fin á su breve pero ruidosa existencia, haciendo dimision y remitiendo al edificio que ocupaba la junta popular el original de la *Gaceta* *extraordi-*



*naria* en que se anunciaba al público tan fausta nueva con mas el llamamiento del duque de la Victoria á quien la Reina confiaba la formacion del nuevo gabinete.

El coronel Enrile, portador de este documento, tenia orden de llevarle á la imprenta nacional y de hacer cesar el fuego: el señor Mollinedo salió acompañado de un corneta á recorrer varios puntos, con la misma mision, corriendo ambos no pocos peligros y alcanzando escasos resultados. El pueblo suspicaz y receloso desconfiaba todavía, sin embargo calmóse algo el fuego, sin que la ciudad perdiera su aspecto aterrador.

Semejante estado de cosas no podia seguir. Los señores Mollinedo y Fernandez de los Rios llevaron á palacio la mision de exigir el nombramiento del general San Miguel para capitán general de Madrid, previniendo que si se retardaba una hora le nombraria la junta: el estado de los ánimos reclamaba urgentemente esta medida salvadora, para inspirar confianza y sosiego; sancionando la eleccion del jefe que el pueblo se habia dado era de esperar que se calmase la inquietud y así sucedió en efecto.

El general San Miguel fué nombrado ministro interino de la Guerra y capitán general de Madrid, reasumiendo con la junta todas las atribuciones del poder. Con este motivo dió la siguiente patriótica alocucion:

#### MADRILEÑOS:

Honrado por S. M. con el mando militar de esta provincia, es casi inútil decirnos que desempeñaré este cargo con la misma lealtad, con igual vivo deseo del acierto que me ha animado en los muchos que en distintas ocasiones he servido. En personas que han vivido largo tiempo, he dado

pruebas, si no de habilidad de gran consecuencia en acciones y principios; el pasado responde en cierto modo del presente; en uno y otro se apoya el venidero.

El ilustre Duque de la Victoria, cuyo nombre representa tantas glorias, tan insignes servicios á la patria va luego á presentarse en medio de nosotros. ¿Qué pecho verdaderamente español no se siente alborozado con la idea de que en las manos de tan insigne varon van á depositarse las riendas del Estado?... De sus nobles y elevados sentimientos ¿quién puede tener duda? ¿Quién no espera que en el sistema de gobierno que va á inaugurar están envueltos cuantos principios de política y administración reclaman la civilizacion del siglo y los intereses morales y físicos de nuestra patria tan digna de mejor fortuna?

Madrileños de todas clases y condiciones, aguardemos con las mas dulces esperanzas un dia que se halla ya tan próximo. Vuelva el ciudadano al ejercicio pacífico de su profesion; vuelva todo en esta gran capital á respirar el aire de tranquilidad y de confianza. A tan interesante objeto se consagraron mis cuidados, desvelos, y el celo que ha sido siempre el norte de mi conducta.

«Madrileños todos: ¡viva la PATRIA! ¡viva la NACION!  
¡viva ISABEL II, REINA CONSTITUCIONAL DE LAS ESPAÑAS!...  
Madrid 21 de julio de 1854.—*Evaristo San Miguel.*»

Esto bastó para que el fuego cesara por completo; pero el pueblo conservó su actitud imponente en las barricadas y las tropas los puestos que desde un principio les habia correspondido ocupar.

Seria ímproba tarea hacer la reseña de todos los acuerdos que tomó la junta desde el momento de su instalacion en el principal. En los dias de peligro sus decisiones eran instantáneas y solo se tenia conocimiento de ellas por sus efectos.

Triunfante ya la revolucion; dueña la junta del poder, presidida por la respetable persona que al cargo de ministro único reunia el de capitán general de Madrid y el título mas importante de jefe del pueblo, sin dejar de adoptar todas las medidas que la necesidad aconsejaba con la rapidez que las circunstancias del momento exigian, se dictaron tambien varios decretos, entre ellos los muy importantes ordenando la inmediata reunion del Ayuntamiento constitucional de 1843, y la organizacion urgente de la milicia nacional, incluyendo en ella á todos los ciudadanos que estaban armados.

Esto puso el colmo al júbilo del pueblo que ya creia asegurada su tranquilidad.

En tanto que los hombres se ocupaban en restablecer la paz, las mujeres en los hospitales, dando pruebas de caridad inmensa curaban á los heridos.

Recorramos algunos de ellos.



## CAPITULO C.

### Victoria.

La espaciosísima casa donde Frasquito había establecido sus talleres de ebanistería estaba completamente invadida por multitud de camas que ocupaban otros tantos heridos.

Todas las mujeres del barrio con caridad sin igual habían desalojado sus casas por llevar á su improvisado hospital, colchones, ropas, y todo cuanto había sido necesario, prestando además su propio auxilio para la asistencia de los enfermos.

En la mañana del 19 llevaron dos mujeres, una de ellas herida y la otra quejándose como si lo estuviera.

Jacinta que era la encargada de recibir y colocar á los heridos según llegaban, exclamó al verlas.

—¡Ay! si ya no queda ninguna cama!...

—Pues aquí se quedan; dijeron los hombres que las llevaban; que hay un tiroteo horrible en la barricada y no podemos detenernos.

Y soltándolas echaron á correr.

Las trazas de ambas eran espantosas. Llevaban los vestidos hechos girones, los cabellos sueltos, la cara ensangrentada é impreso en su abatida fisonomía el terror mas profundo.

Al entrar en la casa se habian dejado caer en un banco que habia á la entrada, como si el aliento las faltase estrechándose la una con la otra.

Jacinta llena de conmiseracion y deseando prestarlas auxilio se acercó á ellas, apartó del rostro de la mas jóven el manto y los cabellos que le cubrian casi por completo y limpiándole con un lienzo la decia con cariñosas palabras :

—Vamos, señora ; anímese usted y dígame dónde tiene las heridas.

Cuando el rostro de la enferma estuvo limpio de la sangre que le destfiguraba por completo, Jacinta la miró con atencion y exclamó de repente :

—Pero ¡calla!... es usted vecina?... yo la creí todavía en el hospital. ¡Cuánto siento verlas en este estado ! vamos anímense ustedes. Esta señora será su madre?

Y acudió á ella, que tenia la cabeza en la falda de su hija y estaba en estado de abatimiento lamentable.

Mandó que las llevasen inmediatamente una taza de caldo y una copa de vino generoso, porque sus heridas no eran de cuidado y mas sentian debilidad que otra cosa.

—Señora Jacinta!... exclamó Juana la tuerta, recordando la primera el uso de la palabra ; es usted la que nos socorre con tanta bondad?... ah ! muchas gracias ; hace usted bien enmendando la crueldad de su marido que nos ha arrojado en medio del fuego. ¡ay ! qué tigre!...

—¡En medio del fuego!... entonces estarán ustedes acribilladas á balazos!... ¿dónde están sus heridas?... repuso Jacinta entre sorprendida y confusa.

—En este hombro tengo una y contusiones muchísimas; estamos medio muertas.

Una jóven se acercó con las tazas de caldo y el vino generoso, ante cuyo inesperado refuerzo abrió enseguida los ojos la Golondrina vieja y se sentó en el banco, atreviéndose ya á mirar frente á frente á Jacinta.

—¡Válgame Dios!... tiene usted un marido que con el olor de la pólvora se ha convertido en una fiera!... dijo la vieja empezando á tomar con ansia su taza de caldo. ¡Quién lo hubiera dicho!... Él tan bueno!... tan pacífico! señora Jacinta ¡cómo cambian los hombres!...

—Pero algo le habrán ustedes hecho!... Mi Roque es siempre bueno y humano y no hace daño á quien no le hostiliza: murmuró Jacinta.

—Pobres de nosotras!... débiles mujeres que no nos metíamos con él!... mi hija convaleciente todavía, que acaba de salir del hospital, y yo con mis años y mis achaques, vea usted qué daño le haríamos, y mandó que nos pusieran delante de la barricada cuando la tropa se disponía á atacarla para que recibiéramos las primeras balas.

La Golondrina se detuvo para tomar aliento, y para saborear con delicia el esquisito vino.

—Jesus!... jesus!... ¡parece imposible!... yo no puedo creer eso en mi Roque!... repetía Jacinta.

—Pues esa es la verdad, añadió Juana; por fortuna nos colocaron delante de un coche que tiene volcado en la barricada y medio arrastrándonos por entre las ruedas llenán-



donos de girones como usted ve, pudimos pasar al otro lado y allí parapetadas hemos resistido el horroroso fuego sufriendo lo que usted no se puede imaginar. De un balazo saltó un pedazo del coche que nos servia de refugio y me hirió en este hombro; pero, por Dios señora, haga usted el favor de que me curen porque estoy sufriendo dolores atroces.

Juana fingió desmayarse y viéndola Jacinta en aquel estado, llamó á una de las enfermeras y la improvisaron una cama en un sofá, haciendo que la curasen inmediatamente.

La Golondrina vieja mas animada siguió á Jacinta diciéndola:

—Señora Jacinta; yo me muero de hambre!... hace dos dias que no comemos.

—Pues mire usted, allí enfrente está la cocina; vaya á buscar alguna cosa.

—Y si no me conocen, no me darán nada.

—Sí, allí está la señora Andrea; si nos hemos reunido en esta casa todas las vecinas, ¿cómo no la han de conocer?..

La Golondrina libre ya del terror que la embargaba se dirigió á buscar á la señora Andrea.

Jacinta acudió á recibir nuevos heridos.

Uno de ellos era un capitán de artillería, arrogante figura, que caminaba por su pié apesar de que llevaba un brazo roto.

Le acompañaba una hermosa jóven de unos diez y seis años, rubia, blanca como la nieve, con la particularidad de tener los ojos de un azul tan oscuro que parecian negros.

El jóven capitan se apoyaba en su hombro.

—¡Ay! que no tenemos ninguna cama!... señor capitan, exclamó Jacinta desolada.

—No importa; que vayan á mi casa por ella; dijo la jóven que le acompañaba.

—Y dónde es?...

—A la entrada de la calle de Embajadores, una carpintería; que le digan á mi madre que inmediatamente entregue en mi nombre una cama completa.

—Y cómo se llama usted?... preguntó Jacinta contemplando admirada la extraordinaria belleza de la jóven.

—Victoria, contestó; volviéndose hácia el herido.

El capitan la dirigió una dulce mirada y llevando á sus labios la mano que conservaba entre las suyas contestó con voz débil.

—Victoria!... ah! qué bello nombre!... Á usted debo la vida y su nombre y su imágen estarán grabados eternamente en mi corazon!...

No pudo decir mas, porque iba debilitándose por momentos, teniendo la jóven que sostenerle en sus brazos hasta que acudieron los cirujanos, y trasladándole á la cama, le hicieron la primera cura (1).

Este jóven capitan era hijo de una ilustre familia y heredero de un título de nobleza.

Cuando iban á trasladarle á la cama se presentó con adusto ceño un jóven, al parecer artesano; estaba comple-

---

(1) Estos dos interesantes jóvenes son los protagonistas de la novela que con el título de *Victoria la hija de un carpintero*, está escribiendo la misma autora.



tamente armado y todas sus trazas indicaban que habia tomado una parte muy activa en el combate.

—Vengo medio loco buscándote, Victoria, dijo á la jóven; no te has contentado con salvar la vida á ese capitán enemigo, apartando el cañon de mi fusil cuando iba á tirarle, sino que aun te vienes con él!... y vive Dios que esto no lo sufro.

—Cumpló un deber de humanidad; vete y déjame aquí; voy á cuidar á los heridos, exclamó la bella niña con tranquila calma.

—Vente á tu casa, Victoria! y no me exasperes; exclamó el jóven colérico.

—Te he dicho que me quedo aquí; vete, pues, Claudio, que yo no retrocedo jamás en mis decisiones, y no tengo por otra parte el deber de obedecerte.

—Don Jorge la llama á V., dijo un cirujano que conocia por su nombre al jóven capitán.

—Voy al momento, repuso Victoria entrando en el cuarto donde habian colocado al capitán.

Claudio se marchó como un loco, jurando en su interior que habia de perecer á sus manos aquel hombre que Victoria se empeñaba en salvar.